

WEHRMACHTIA

COMIENZA LA TRAGEDIA

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

© Historia Rei Militaris S.L. 2019

Editor: José Ignacio Pasamar López
Publicado por Historia Rei Militaris S.L.
C/ Monasterio de Siresa 28, local, 50002 - Zaragoza
<http://www.hrmediciones.com/>

Autor	Juan Alcocer Sanz
Maquetación	Martín Garcés López
Diseño de portada	José Antonio Gutiérrez López
Corrección	Antonio García Palacios
Coordinador Editorial	Francisco Medina Portillo

ISBN 978-84-17859-09-1
Depósito Legal Z 933-2019

Impreso en:
PODIPRINT

WEHRMAGHTIA

COMIENZA LA TRAGEDIA



Juan Alcocer Sanz



ÍNDICE

UNA PELEA A VIDA O MUERTE 9

I	11
II	21
III	29
IV	43
V	61
VI	75
VII	87
VIII	101
IX	107

LA ENIGMÁTICA DIRECTIVA 115

I	117
II	127
III	135
IV	143
V	157
VI	165
VII	181
VIII	195
IX	207

ÚLTIMO PUENTE A LA VICTORIA 213

I	215
II	225
III	235
IV	243
V	251
VI	259
VII	265
VIII	285
IX	293





UNA PELEA A VIDA O MUERTE





“Negra oscuridad, oscuridad insondable”.

No cabría referirse a aquella noche nublada, sofocante y ominosa, de otra manera que con las palabras que Modest Mussorgsky pusiera en boca de uno de los personajes de su ópera *Boris Godunov*. Había querido el genial compositor representar con ellas el destino de Rusia, pero podían aplicarse a motivos más prosaicos y menos profundos. Pues aquella era una vigilia muy particular; una vigilia en la que, en pleno verano, y sin que el titilante brillo de una sola estrella tachonara la tenebrosa bóveda del cielo, miles de ojos expectantes trataban de vislumbrar algo en la absolutamente opaca atmósfera que les rodeaba. Miles de ojos extranjeros abiertos en aquella tierra ucraniana silenciosa, a los que la incertidumbre de una larga espera empezaba a hacer parpadear de puro nerviosismo.

—¡Por el tricornio de Federico el Grande! —juró una cavernosa voz de barítono, retumbando entre las sombras como los designios de un enojado titán lo harían en el mismo Tártaro. —¿Cuántas horas más tendremos que aguardar aquí, agazapados, hasta que llegue la orden de avance?

A aquel estallido de impaciencia le siguió un coro de siseos procedente de todas partes, con intención de acallar al escandaloso.



—¡Chitón! —añadió un susurro mucho más discreto, casi inaudible, a escasos diez metros de donde había partido la voz. —Como si tenemos que pasarnos aquí hasta que amanezca. En tanto no hayan llegado los informes del batallón de reconocimiento de la división, no creo que nadie se aventure a adentrarse en las calles de Lemberg.

Aquella voz se estaba refiriendo a la populosa ciudad de Lvov, también conocida así entre los alemanes —en cuyo idioma se habían pronunciado aquellas frases escuetas. Mas resultaba imposible localizar un solo foco de luz en la lejanía, que revelara la existencia de tan importante núcleo urbano. Parecía como si todos los habitantes hubieran clausurado sus casas, tapiado sus ventanas y evitado encender cualquier tipo de iluminación, tanto hogareña como pública. ¿Y qué razón más poderosa que el temor, el miedo puro y cerval, podría incitar a tantos miles de hombres y mujeres a tratar de pasar desapercibidos, a actuar con esa calculada prudencia? Al igual que los hombres que les acechaban desde los campos de cereal de la periferia, dentro de multitud de hoyos horadados la tarde anterior, los civiles escondían bajo tierra sus cabezas también, siguiendo un instinto primario tan antiguo como la misma superstición.

—¡Maldita guerra! —refunfuñó la voz cavernosa que había pronunciado el juramento, esta vez con mayor cautela.

—Lo que ocurre es que te mueres de ganas de fumar, y te ha fastidiado la orden de no encender fuego bajo ningún concepto —volvió a escucharse que decía la voz susurrante, la cual parecía ejercer un poderoso ascendiente sobre aquella garganta estentórea.

Los ecos de varias risas burlonas acompañaron su observación, y no se extinguieron hasta que la chispeante estela de una bengala ascendió a los cielos en las proximidades y estalló en una hermosa lluvia de luz amarilla. Aquélla reveló por breves instantes la corpulenta silueta del hombre que había hablado en primer lugar, y que se había erguido para iniciar una sigilosa retirada hacia un grupo de casitas que se hallaba a un centenar de metros, más o menos, de su posición anterior.

—¡Eh! ¿A dónde vas? —le advirtió la misma voz susurrante, sólo que ahora pronunciando cada palabra con mayor énfasis.

—Voy a evacuar en aquel corral, con el permiso de “su excelencia” —fue la respuesta dada; y, esta vez, el coro de risitas contenidas hizo esbozar una mueca de satisfacción a su artífice.

—¡Vaya momento has elegido para bajarte los pantalones! —le reprochó sin ambages el susurro, manifestando su descontento con aquella grosera destemplanza. —¡Espero que no sea una treta para fumar a escondidas! ¡Así que recuérdalo! *Rauchen verboten! Verstehst du?*

—*Ich verstehe...* —musitó la voz cavernosa mientras se alejaba, perdiéndose de vista entre las espigas antes de que la bengala cayera, casi extinguida ya su luz, en tierra de nadie.

Apenas cinco minutos después, tras una tapia baja de mampostería, la fricción de una cerilla contra la áspera curvatura de un pedrusco revelaba de nuevo la silueta de aquel voluminoso gruñón, y confirmaba que había hecho caso omiso. Pues, a pesar de haberse acurrucado convenientemente, en lugar de bajarse los pantalones como había anunciado, lo que hizo fue hurgar en sus bolsillos hasta sacar una tabaquera de piel de gamuza y una pipa de ebonita —la misma cuya boquilla fina y rústica introducía entre sus gruesos labios en aquel preciso momento.

Aquel tipo, cuya estatura rondaría el metro noventa cuando estuviera erguido, vestía el uniforme de la *Wehrmacht*: pantalones grises y guerrera *Feldgrau*, con hombreras negras y botones de pasta. Sobre su cabeza portaba la característica *Bergmütze* o gorro de visera de los cazadores de montaña, fácilmente reconocible por llevar cosido a un lado su famoso emblema —la “flor de los Alpes” o *Edelweiss*—, y al otro, el distintivo de los esquiadores, que consistía en dos esquís cruzados. El *Edelweiss* figuraba, además, sobre la manga de su guerrera. Los parches del cuello y las hombreras, ribeteados de verde claro por tratarse de un *Gebirgsjäger*, indicaban que poseía el grado de teniente.

Paladeando el tabaco y expulsando una voluta de humo con evidente satisfacción, procedió con retraso a librarse de la incomodidad de parte de su pesado equipo, desabrochándose las hebillas del correa, y dejando las cartucheras junto a su pistola automática modelo MP41 —más conocida por el nombre de su fabricante, *Schmeisser*. Luego estiró sus largas piernas, que había mantenido flexionadas al principio, y se sentó entre los terrones secos, apoyando la espalda contra el muro. Había decidido tomarse aquel respiro por su cuenta, desafiando las instrucciones de su superior, el capitán Josef Salminger, jefe del tercer batallón del 98º Regimiento de *Gebirgsjäger*. ¿Acaso no era también él un oficial? ¿Cómo era posible que hubiera tenido que ir a tropezarse con un energúmeno tan meticuloso y cicatero como aquel? Nunca debía haber aceptado un destino en aquella unidad, cuando el *Anschluss* se consumó y el antiguo ejército austríaco desapareció, integrándose en la *Wehrmacht* alemana. Mas su pertenencia a las tropas alpinas, así como el hecho de ser oriundo del Tirol, supuso que le fuera ofrecido un interesante y codiciado puesto en la 1ª División de Montaña —una unidad de élite, reclutada en sus orígenes en Baviera, pero en la que se pretendía agrupar a la flor y nata de las tropas de montaña germano-austríacas. De aquella decisión había tenido tiempo de sobra para lamentarse durante casi tres años, ya que la prolongación de la guerra y el rosario de victorias cosechadas por la división a lo largo y ancho de Europa hacían casi imposible solicitar y obtener un traslado. Un desplante semejante no sólo afectaría a su propia reputación como oficial, sino que empañaría la fama de una unidad de la que nunca se salía... salvo con los pies por delante.

Rumiando su descontento, el robusto y desgarbado teniente continuó con su sagrado ritual de relajación, mientras el humo se enrollaba en torno a su enrojado cuello de toro y su poderoso mentón, pulcramente rasurado a pesar de las vicisitudes de la campaña estival. Con el paso de los minutos, las arrugas de su frente ceñuda fueron difuminándose, sus cejas rubias y espesas reposaron sobre sus párpados entrecerrados y el brillo acerado de

sus ojos azules se fue hundiendo en profundas y agradables evocaciones de montañas nevadas y verdes pastos, tan lejanas en el espacio y en el tiempo. Quitándose también el gorro de visera, se pasó los gruesos dedos de su enorme manaza por la escasa mata de dorado cabello revuelto que aquella cubría —no tanto a causa de las breves entradas que prolongaban su frente, como del corte de pelo que entonces se estilaba en el ejército, y que dejaba al rape toda la parte del cráneo que quedaba por delante y por detrás del borde de la oreja.

Nuevas bengalas saltaron esporádicamente al cielo durante todo el tiempo que duró aquella pipa —sin duda, disparadas por los destacamentos de reconocimiento que hormigueaban en torno a la agazapada ciudad, intentando descubrir el sector más favorable para lanzar un asalto que, según todos los pronósticos, se auguraba feroz y sangriento. ¡Aquella sí que era una ocupación más emocionante y acorde con su carácter rudo y decidido! Y eso, a pesar del talante eminentemente flemático del teniente, que, como todos sus camaradas reconocían, resultaba más propio de un británico que de un tirolés. Y, sin embargo, al despuntar el alba tendría que dirigir a sus hombres contra una barrera de artillería y fuego automático, primero; y en un incierto combate casa por casa, después. Sólo pensar en esa inminente perspectiva le revolvió las tripas...

De pronto, mientras estaba ocupado sacudiendo las cenizas de su pipa extinguida contra el muro, el rumor inconfundible de una columna de vehículos con los motores a baja revolución le llegó desde la lejanía. Recogiendo rápidamente su equipo y sacudiéndose el polvo del uniforme, se caló la gorra y se dirigió a su encuentro, picado por la curiosidad.

En las proximidades, como recordó justo en ese momento, se hallaba situado el improvisado parapeto que su unidad había erigido la tarde anterior, con objeto de cortar un camino de tierra que se adentraba en los suburbios del oeste de la ciudad desde aquel sector. Allí, un reducido retén de tropas tenía la misión de

advertir del peligro de continuar adelante a cualquier unidad rezagada que pudiera haberse extraviado en la noche.

Cuando llegó a su altura, pudo distinguir la voz de un *Gefreiter* de su propia compañía discutiendo con otro individuo en medio de la oscuridad, sólo atenuada por el intenso fulgor de los faros, desviados hacia la calzada, de los ligeros pero robustos *Kübelwagen*.

—¿Qué ocurre, Werner? —exclamó el gigante tirolés, apareciendo por sorpresa tras el parapeto y colocando los brazos en jarras ante el capó del coche de cabeza.

Al punto, la conversación se interrumpió, volviendo a reinar la calma a pesar del ronroneo constante de los motores encendidos.

—*Herr Oberleutnant*, estos hombres quieren que se les permita el paso: no pertenecen a la *Gebirgsdivision*, pero dicen tener encomendada una misión especial que no admite demora —le informó su subordinado, rodeando el chasis desde el asiento del copiloto y cuadrándose ante él.

—¿*Oberleutnant* Walther Braun? —preguntó de repente el oficial que había estado discutiendo con el encargado del puesto de control.

—*Ja, ich bin* —asintió este, guiñando varias veces los ojos para tratar de distinguir las facciones de su interlocutor en medio de la noche sombría.

Acto seguido, nada más escuchar la respuesta, el oficial —un simple *Leutnant* vistiendo un sencillo y deslustrado uniforme de infantería, pero con un inusual y desproporcionado brazalete de color azul y amarillo atado alrededor de la manga—, abrió la portezuela del *Kübel* y echó el pie a tierra para estrechar la mano del desconcertado gigante.

—¿Me reconoce ya? —preguntó un rostro de ojos vivaces, en el que se destacaba una nariz afilada, semejante al pico de un gavilán, e inclinada exageradamente sobre la boca, que mostraba una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Roman Shukhevych! —exclamó Braun, examinando con detenimiento aquella cabeza rubia de puntiagudas orejas, propia de un diablillo burlón, para asegurarse de no estar equivocado. —¿Puede saberse qué demonios haces aquí?

—Nos han ordenado que pasáramos a primera línea de combate —reveló aquél con satisfacción, señalando a sus espaldas con un gesto enfático del pulgar. —Los demás muchachos del batallón *Nachtigall* viajan también conmigo. Les alegrará saber que está en nuestro sector, Braun. ¡Si no fuera porque llevamos prisa, con gusto nos habríamos detenido a recordar viejos tiempos!

—¿Estáis locos, o qué, Shukhevych? —le espetó el tirolés, que no salía de su asombro ante la premura del otro oficial, un ucraniano exiliado, al igual que la práctica totalidad de sus compañeros de batallón. —¡Los rusos están emboscados justo ahí delante! ¡Necesitaríais, por lo menos, una compañía de tanques para poder abriros paso!

—Tranquilo, Braun, los “ruiseñores” sabemos lo que hacemos. Nos encontramos bajo la autoridad directa del *Abwehr* y los espías del almirante Canaris siempre van un paso por delante de los merodeadores de la *Wehrmacht*: se han enterado de que los rusos dieron la orden de evacuar la ciudad esta misma noche, al amparo de la oscuridad, para poner tierra de por medio entre ellos y nuestras avanzadillas.

—¿De verdad? No sabes cuánto me alegra oír eso, así evitaremos muchas bajas... —confesó el oficial de *Gebirgsjäger*, aliviado por la noticia.

—Es comprensible... —respondió lacónicamente el ucraniano, volviendo a ocupar su asiento en el vehículo. —A nosotros, sin embargo, esa decisión nos llena de inquietud: muchos de los nuestros están encerrados en las mazmorras de la GPU en Lvov, y mi propio hermano Yuri entre ellos. Yo voy con mis hombres a la prisión de Bryhidka. Perdóne, Braun, pero no tenemos tiempo que perder...

—Lo que no entiendo es por qué no se nos ha notificado a nosotros también la retirada rusa —comentó Braun, mientras sus hombres procedían a desmontar el parapeto. —Debería ser la vanguardia del ejército la encargada de entrar primero en Lemberg... en Lvov, quiero decir.

—Nosotros también hemos estado en vanguardia desde el principio, no estamos disputándole el honor a nadie —se defendió Shukhevych, airado. —Aunque la intención del *Abwehr* era la de mantenernos en reserva hasta que llegara el momento más propicio, las elevadas bajas sufridas por el regimiento *Brandenburg* los primeros días les obligaron a alinearnos antes de lo previsto. Por eso, nosotros también hemos encajado algunas bajas...

—¿El regimiento *Brandenburg*? No me suena que hubiera fuerzas especiales de esa clase entre nuestras avanzadillas.

—Es que ni las hay ni las ha habido. Nosotros cruzamos el río San por la ciudad de Przemyśl, abriéndonos paso a duras penas los primeros días...

—¿Przemyśl? ¡Pero si eso está a decenas de kilómetros de aquí!

—En efecto —reconoció impaciente el ucraniano, al tiempo que apremiaba a su chófer para meter el embrague y acelerar. —¡El *Brandenburg* está enteramente motorizado y constituye el flanco derecho del Grupo de Ejércitos Sur! Nuestro objetivo inicial era tomar Lvov por sorpresa, aprovechando el caos en la retaguardia soviética, pero nos hemos retrasado. Y vosotros también os habéis entretenido hasta llegar aquí, a pesar de que había menos distancia desde la frontera polaca. ¡Ojalá no sea demasiado tarde! ¡Vamos, adelante todos...!

—¿Demasiado tarde... para qué? ¡Espera! —exclamó Braun, que no acababa de comprender esa actitud hosca y nerviosa, aunque empezaba a recordar que el ucraniano había dicho algo sobre su hermano y una prisión.

Mas la larga columna motorizada se puso en marcha, por fin, y los coches y camiones empezaron a rodar sin parar por el pol-

voriento camino. Braun tuvo que apartarse rápidamente, no sólo para impedir que alguno de aquellos vehículos le arrollara, sino para no tragarse la ingente cantidad de polvo que estaba empezando ya a extenderse.

Regresando a donde se hallaba su unidad, atrincherada y a la expectativa, el tirolés comenzó a hacer cábalas sobre lo que había escuchado durante la breve conversación. Lo primero que atrajo su curiosidad fueron los expeditivos métodos de aquella unidad, de la que algo había oído hablar también. El regimiento *zur besondere Verwendung* número 800 —apodado regimiento *Brandenburg*, por estar acantonado en esa región de Alemania—, era poco más que un cuestionable mito para la mayoría de los soldados, puesto que la unidad nunca aparecía citada en los partes de operaciones de la *Wehrmacht*. Sin embargo, corrían extraños rumores sobre su extraordinaria eficacia como fuerza de choque; así como sobre su sorprendente habilidad para infiltrarse tras las líneas enemigas y hallarse, antes que ninguna otra unidad, en los lugares clave de la lucha. Rauda y bien equipada, sigilosa y contundente: una unidad así pensó Braun que sería, sin duda, mucho mejor que su actual destino.

Y, mientras recorría las escasas decenas de metros que le separaban de sus actuales camaradas, rememoró de manera fugaz los acontecimientos de la pasada semana y media, los cuales desfilaron a velocidad de vértigo por su imaginación sugestionada, como alumbrados súbitamente por un relámpago revelador.